

ECONOMÍA | HOSTELERÍA



Enrique Galindo y Lucinio Rodríguez son los últimos inquilinos del Hostal Albacete, negocio que se quedaron en 1981 y que es una referencia de la hotelería albacetense. / RUBÉN SERRALLÉ

ANA MARTÍNEZ / ALBACETE

Almohadas y colchones sin vestir. Cuartos de baño desnudos. Pasillos vacíos y cada llave en el casillero de recepción. Las mesas y sillas de los antiguos comedores han sido sustituidas por pilas de mantas, teléfonos, televisores, cuadros de todo tipo y de todos los tamaños. La cocina alberga un gran menaje a la espera de alguna persona interesada en su reutilización...

El Hostal Albacete, uno de los más antiguos de la capital junto con el Gran Hotel, acaba de cerrar sus puertas. Y lo hace por la jubilación de su último inquilino y ante la imposibilidad de traspasar el negocio, dado que los herederos de Juan Bautista Polo Sánchez, propietarios del vetusto palacete, han optado por su venta.

La historia del Hostal Albacete se remonta a mediados de los años 50, aunque el edificio de la calle Carcelén fue proyectado como vivienda particular por Ramón Casas Massó, un arquitecto sobrio, elegante y con estilo que introdujo el modernismo en esta capital.

Construido con fachada de zinc que simula otro material, este palacete de principios del siglo XX está incluido en el catálogo de bienes protegidos del Ayuntamiento de Albacete, que de esta forma garantiza el mantenimiento y protección de la fachada, su escalera interior principal ubicada en el vestíbulo, la parte

ornamental del techo y el mosaico hidráulico del suelo.

Fue Juan Bautista Polo Sánchez quien adquirió el inmueble en propiedad a mediados del siglo pasado para convertirlo en fonda. Hacía siglos que Albacete, por su situación geográfica, se había convertido en lugar de paso y hospedaje de mercaderes, trajinantes, soldados, correos, pastores, carreteros, transeúntes..., por lo que no era extraño que la ciudad contara con un sinfín de mesones y fondas, entre ellas, la de la calle Carcelén, que por aquella época contaba con grandes accesos para caballerizas y cuadras.

En 1981 y en régimen de alquiler, la fonda pasó a manos de Enrique Galindo Villore y Lucinio Rodríguez Navarro, dos experimentados hoteleros que procedían del Hotel Florida y El Tiro de Pichón, que decidieron acometer una importante reforma para convertir la fonda en hostal, dotando a las habitaciones de cuarto de baño propio, televisión y aire acondicionado.

«Cuando nosotros llegamos, la fonda tenía 40 habitaciones que se quedaron en 36 con la reforma», recuerda Enrique Galindo, uno de los copropietarios del Hostal Albacete, que lamenta la inviabilidad de llegar a un acuerdo con los actuales dueños del inmueble para el traspaso de la actividad hotelera, a pesar de que había dos empresarios interesados en continuar con el negocio. «De momento no habrá continuación, no ha



La escalera interior, suelo y techo figuran en el catálogo municipal de bienes. / R.S.

La fachada del palacete y parte de su interior figuran en el catálogo de bienes protegidos

sido posible porque las condiciones de los dueños son inviables», explica.

Con Lucinio Rodríguez, que durante años gerenció también el desaparecido Mesón Castellano, recuerdan los «años buenos» que vivió el Hostal Albacete gracias, fundamentalmente, a los agentes comerciales que reservaban sus habitaciones de lunes a viernes: «Cuando desapare-

cieron los agentes comerciales se resintieron muchos negocios de la ciudad; ahora durante los días de diario no hay casi nadie mientras los fines de semana se ocupan las plazas por las despedidas de soltero y soltera», afirma Rodríguez.

El Hostal Albacete llegó a tener seis empleados. En los inicios del negocio de Rodríguez y Galindo, el establecimiento ofrecía comidas y desayunos a los agentes comerciales, sus principales clientes, pero cuando dejaron de llamar a su puerta, la cocina ya no fue rentable. De ahí que durante años solo ofertaran alojamiento con desayuno, que ofrecían exclusivamente a los clientes, una alternativa que también eliminaron en los últimos años en los que el hostal de la calle Carcelén tan solo ofrecía alojamiento. Sus precios econó-

micos, la cordialidad y amabilidad con la que siempre han tratado a sus clientes, la singularidad de un negocio prácticamente familiar y, sobre todo, su céntrica ubicación, propició también que este establecimiento hotelero fuese demandado por decenas de actores y actrices que actuaban en el Teatro Circo, por músicos que protagonizaban conciertos en la capital y por muchos militares de la Base Aérea de los Llanos.

Ninguno de sus dos gerentes lamentan el cese de la actividad. Lucinio Rodríguez lleva ya ocho años jubilado, y ahora es su socio Enrique Galindo el que le sigue el camino. Y tampoco es de extrañar: durante 38 años han atendido el hostal 363 días al año -solo cerraban en Nochebuena y Navidad-, y casi 24 horas al día, con jornadas maratónicas en verano en las que apenas abandonaban la recepción por la noche para marcharse a su casa a dormir.

Hasta hoy lunes, fecha límite para el cierre definitivo, el Hostal Albacete ha estado abriendo sus puertas exclusivamente para vender todo el material propio de la actividad hotelera y hostelera que han desarrollado durante estos casi 40 años. Incluso están dispuestos a donar a cualquier organización no gubernamental el material que necesiten. A partir de esta fecha, de hoy, el Hostal Albacete pasará a ocupar parte del pasado de esta capital, mientras el palacete de Ramón Casas esperará paciente-mente a un nuevo propietario.